

FOTOGRAFÍA: PICASSO A LOS CATORCE (LA CORUÑA)

Tino Villanueva



Imagen de Picasso a los 14 años rodeado de alguno de sus familiares.
© Sucesión Pablo Picasso, VEGAP, Madrid, 2022.

Caminando por la Calle San Andrés
y doblando en Payo Gómez, me detuve en el 14
un día de cielo anubarrado e incoloro.
No más subir a la Casa Museo
empecé a respirar el aire de otro siglo,
llegando a comprender de una habitación a otra
(y otra todavía)
cómo parte de una vida puede ser vivida
a lo largo de un pasillo largo como un sueño.
Al bajar pensaba en eso...y entré en la tienda.

Exactamente en la pared
(más allá de los regalos y postales)
qué nitidez de foto una y otra vez magnificada,
magnífica en blanco y negro reluciente.
Y todo ello al aire libre—
once comensales a la mesa;
un servil sirviente al fondo.
Esos rostros. Esos ojos, sobre todo los del joven
en primer plano.
Educado en los colores, pintor lo es—ya se sabe,
pues sabe acostarse con las telas y dejarlas
paridas de figuras.

Hubo un momento
cuando apartarme de allí no fui capaz.
Se apresuraron dos preguntas:
A esa edad, ¿se le habría venido en el alma
la ilusionada tarea de hacer algo importante?
¿Qué estaría pensando
antes de que la cámara hiciera clic...
antes de que alguien le dijera,
“Pablito, a ver, ¿quieres volverte un poco y mirar
hacia la cámara? Y mantén la pose”.

Yo también mantuve la mirada y seguí por donde iba:
¿En qué pensaría después de que la imagen
fuese captada?

¿Se relamió los labios y simplemente empezó
con los demás a servirse del gazpacho?
¿Entablaría conversación con su tío a su izquierda?
O al claror de ese día malagueño,
¿estaría ideando su próximo dibujo, acaso intuyendo
lo que le esperaba en Barcelona, lo inmenso
que sería su porvenir?

Me retiré de allí, finalmente.
Salí a la calle con ansias de continuar la caminata,
llevándome conmigo la singular visión de una tarde—
luz andaluza venida de una foto;
mirada que me mira y exige ser mirada.
Dije para mí:
es 1895 y no ha llegado a ser Picasso todavía,
pues le queda mucho por probar.
Mas por su ánimo y arrojo
tuvo que haber estado contemplando
el objeto de su deseo—alguna reciente obra suya,
resplandeciente,
queriendo hacerla superior a muchas otras
dentro del marco de lo grande.

Lloviznaba. Saqué el paraguas
y me sumé al natural fluir de los peatones calle abajo,
bajo nubes agrisadas y flotantes. Torcí a la derecha.
Llegué al Restaurante Calypso y me sentí elevado
al tomar asiento en un taburete del bar.
Pedí, para empezar,
el ámbar de un soleado y meloso vino de Málaga.
Fue entonces que de lleno me entraron,
como relámpago y trueno, las ganas de escribir.